

## Encuentro en la paz

Miguel Angel Granados Chapa

Originalmente, según parece, el primer encuentro formal entre los presidentes Reagan y De la Madrid, estando ambos en funciones, se efectuaría, como el anterior en que el de México era Presidente electo, en una ciudad fronteriza. Seguramente no se buscó un simbolismo deliberado al fijar la sede en la capital de Baja California Sur. Pero es imposible sustraerse a la tentación de pensar en la necesidad de que el de hoy sea un encuentro en la paz.

Los temas bilaterales que deberán abordar Reagan y De la Madrid tienen gran importancia. El componente externo de nuestra crisis demanda una formulación precisa de las posiciones y necesidades mexicanas frente a nuestro principal cliente y proveedor, y acreedor preferentísimo de nuestro endeudamiento. Otros frentes en la relación de las dos naciones son igualmente significativos, como el de los trabajadores migratorios, donde confluyen tantos factores, culturales y económicos, sociales e históricos.

Pero no cederá en importancia a tales asuntos específicos el que concierne a las diferencias de la política exterior de cada país acerca de Centroamérica. No se trata, como es obvio, de diferencias teóricas, reducidas sólo a concepciones y enfoques encontrados. Las diferencias tienen una terrible traducción práctica, tan concreta que del prevalecimiento de una u otra depende la paz en la región y hasta en el mundo entero.

Hedrick Smith, periodista de *The New York Times*, ha encontrado que en materia de política exterior hay dos Reagan. Uno, derechista, sumamente ideologizado, siente que debe devolver a Estados Unidos el prestigio de que disfrutó como gendarme del mundo. El otro, el hombre pragmático que ejer-

ce el poder, produce afirmaciones más circunspectas" y su lenguaje es mucho más ambiguo y medido". Si eso es verdad (o si lo era a fines de 1980, poco antes que Reagan asumiera el cargo, cuando se escribió el libro de donde tomó la referencia), no lo es en relación con Centroamérica. En ese caso, se han ensamblado las dos caras de Reagan en una sola.

Durante su precampaña en busca de la candidatura presidencial propuso varias veces el bloqueo naval a Cuba socialista, como parte del enfrentamiento Este-Oeste. Cuando en 1979 las tropas soviéticas entraron en Afganistán, Reagan proclamó: "¿Por qué no vamos a poder establecer el bloqueo a Cuba y luego decirles a ellos, 'cuando sus tropas se retiren de Afganistán, nosotros levantaremos el bloqueo?' Y luego añadió: 'Yo creo que podríamos ejercer una gran presión. No creo que pudieran soportar un bloqueo durante mucho tiempo'".

Tal belicosidad es antigua. En 1975, cuando Ecuador resolvió impedir la actividad de los pesqueros estadounidenses que capturaban atún dentro de su mar territorial (considerado para esos efectos como de 200 millas de ancho) y apresó naves que infringieron la veda, Reagan propuso que la pesca continuara asegurada por un destructor de la Marina junto a los barcos, capaz de acercarse hasta unas 13 millas de las costas ecuatorianas, en clara amenaza. Y cuando Corea del Norte se

apoderó del célebre buque espía *Pueblo*, en 1968, Reagan declaró que la respuesta de Washington debía haber sido "dejen salir a nuestro barco y a nuestros hombres en un plazo de seis horas o vamos a buscarlos empleando cañones, aviones, torpedos y todo lo que haga falta".

Con esa mentalidad, sobre tal concepción del mundo ha edificado Reagan su postura acerca de Cuba y Nicaragua, a cuyos pueblos y gobiernos ofende y amaga con dureza creciente, sin siquiera reparar en la indelicadeza de hacerlo en la víspera de su encuentro con De la Madrid (puesto que se trata de uno de los temas donde hay obvias diferencias, que por lo tanto no deben ser manoseadas sino hasta su abordamiento conjunto). Pero poco se le puede pedir a Reagan en materia de buenas maneras diplomáticas, pues actúa más bien como el tosco vaquero que encarnó en la pantalla, que con el pretexto de la franqueza y la espontaneidad se da el lujo de actuar con grosería.

No creemos que el mero trato personal baste para enmendar la perspectiva diferente que cada uno de los presidentes se ha forjado sobre Centroamérica. Distamos de padecer la ingenuidad de algunos cancilleres mexicanos que creyeron que tuteando a sus homólogos estadounidenses, picándoles la barriga, llamándolos por su primer nombre: "Cyrus", le decía Roel a Vance, y "Henry" Rabasa a Kissinger se allanarían las dificultades entre los dos países. Pero si del encuentro en La Paz Reagan obtiene una visión nueva, ofrecida por un ejerceedor de responsabilidades, de los conflictos en el istmo centroamericano, de tal suerte que su pragmatismo se imponga al derechismo de su otra cara, mucho se habrá conseguido.